

Meditación ante el Cristo de la Caridad

Javier Rubio

A. M. D. G.

Parroquia de San Andrés (Sevilla), 1 de abril de 2017

Confusión de los sentidos

Tengo frío, Señor. Apenas he rozado tu carne trémula cuando he sentido un escalofrío que me ha recorrido por dentro como un latigazo helado. Qué es este frío de muerte que me invade. Qué es este aliento gélido que me corta la respiración y congela mis palabras en el mismo momento en que las voy pronunciando. De dónde viene esta corriente helada, como un río de muerte que convirtiera en un bloque de hielo las frases que ahora digo. Hace frío, Señor, aunque estemos en abril. Están tantos corazones a la intemperie, soportando una helada espiritual que no encuentran ardores que los caldeen. Bien abrigados por fuera, pero tiritando por dentro, con el frío metido en los huesos, en los mismos tuétanos, tan dentro que se hace imposible calentarse. Es frío de ventisca en el alma, Señor, de corrientes de aire polar que congelan el corazón y lo vuelven duro. Quién vendrá a cambiarnos el corazón de piedra por uno de verdad si hace tanto frío que hasta se nos hiela la sonrisa, la alegría evangélica, y vamos por la vida tristes y mohínos, embozados en nuestras capas de inconsistencia para combatir ese otro invierno que en lo profundo de nuestro ser se resiste a marcharse de una vez. Hace frío, Señor.

Y por qué está todo el mundo tan callado. Por qué este silencio que amortigua mi voz temblorosa, de dónde viene la ausencia de ruido, ese mutismo de noche cerrada que sólo rompe la esquila de San Andrés tañendo fúnebre y metálica una y otra vez. A tu paso por las calles de Sevilla, Señor, se hace el silencio. Ojalá fuera silencio adorante, al menos de admiración del misterio escultórico que con maestría compuso Ortega Bru. Ojalá fuera silencio expectante de quien aguarda tan buena noticia que calla para no demorar escucharla. Bastaría con que fuera silencio de sobrecogimiento, de arrobamiento casi místico, de embeleso en la contemplación de tus misterios... Pero es silencio de muerte, silencio de ignorancia, silencio de desprecio, silencio sin más formulación que el descanso de la cháchara insulsa, la conversación sincopada y estéril de quien abre la boca pero mantiene cerrado, con siete llaves, el corazón. De dónde vendrá este silencio.

Estás pálido, Señor. Los ojos se posan en tu encarnadura macilenta, la palidez cadavérica con que te talló el imaginero y, antes de eso, la color cianótica con que te intuimos descolgado de la cruz donde expiraste. Los ojos no me engañan, Señor, te estoy viendo muerto. Tan solo, tan abandonado, tan desasistido que nadie se ha parado a cerrarte los párpados. La preciosísima sangre que corría por tus venas de Verbo encarnado hace tiempo que dejó de fluir y una última gota, la postrera porción de tu persona humana, cayó a tierra y germinó para siempre la leyenda de la rosa roja de tu paso.

No te han quebrado ningún hueso, pero los que te velan antes de que el sabat se eche encima, parten el pan porque tienen hambre. Desde cuándo no han comido. Tú dijiste que los saciarías con un alimento inagotable, pero ahora no puedes levantarte de este catafalco y repartir las hogazas y los pescados con que diste de comer a la multitud cuando te seguían. Ahora no. Dejaron de seguirte. Un pobre hombre cargó los últimos metros con tu cruz.

Desde aquí se huele el miedo. Tratan de camuflarlo quemando incienso en tu honor. Volutas de humo perfumado que suben al cielo disimulando los hedores terrenos de la descomposición de la carne y la sangre de tu sufrimiento coagulada en cuajarones. Huele a incienso y a flores, pero por encima de todo ello, huele a derrota, a inevitable sensación de decepción, de final anticipado. Todo está consumado.

También tu humanidad, clausurada en atroz tormento de cruz. El paréntesis de tu predicación que se abrió con tu bautismo en el Jordán, ungido por el Padre desde el cielo, se ha cerrado. No hay más.

Yerro de la conciencia

¿O sí lo hay? Y entonces los sentidos me engañan. Y de nada sirve el racionalismo con que examinamos la cuestión de tu pasar por nuestras vidas. Si los ojos me traicionan, no hallo lividez en tu rostro demacrado aunque la esté viendo; si el gusto me la ha jugado, no padezco hambre sino que estoy saciado aunque no haya comido; si el oído me falla, no es silencio lo que percibo sino el clamor de una muchedumbre callada que te sigue por todos los confines del orbe y esa esquila que tañe en la espadaña en realidad repica a gloria; si la nariz está atascada no llega a oler el aroma que destila tu presencia, ni los perfumes de nardo que María vertió sobre tu cabeza que ahora me llegan como una bocanada memorable; si los dedos incrédulos que hurgan en tus llagas para hallar certeza se confunden, no hace frío esta noche aquí en San Andrés sino que estas humildes y torpes palabras que emborronan lo que el Paráclito me inspira son un horno en el que fermenta la levadura del Evangelio.

¿Qué necedad es esta que embota los sentidos y suspende el entendimiento? De dónde brotan estas ideas. Por qué te has plantado en medio de nuestras vidas. ¡Si tú no estás aquí!, si te han dado por muerto demasiadas veces, si los hombres te hemos quitado de en medio, ¡si te hemos orillado, prohibido, borrado, ordenado, extraditado, derruido, vejado, injuriado, eliminado, cortado, extraviado, suprimido, tachado, anulado, extrañado, destruido, expulsado, destronado, agraviado, humillado, oprobado, reconvertido, modificado, reducido,

exprimido, encogido, derribado, extirpado, azotado, insultado, despojado, crucificado y muerto! ¿Por qué insistes?

“La metodología de nuestro pensar está planteada de tal manera que, en el fondo, él no debe existir. Aunque parece llamar a la puerta de nuestro pensamiento, debe ser rechazado con algún razonamiento. Para que se sea considerado serio, el pensamiento debe estar configurado de manera que la «hipótesis Dios» sea superflua. No hay sitio para él”, dejó dicho el Papa Benedicto XVI en su última homilía de Nochebuena.

Kénosis

Entonces, ¿cómo vas a estar de nuevo aquí? Tan vacío por dentro que hace tiempo que exhalaste el último suspiro, no hay más aire en tus pulmones. Nosotros sí estamos aquí, bajo esta bóveda y a resguardo de estos muros levantados hace siglos. Nosotros estamos llenos de vida, no como tú, Señor.

Llenos de vida y de sinsabores, de éxitos, de fracasos, de insolencias, de humillaciones, de alegrías, de tristezas, llenos de nosotros mismos, llenos de nuestra existencia, orgullosamente defendida a capa y espada, dolorosamente impuesta a quienes nos rodean: somos nosotros y nuestra circunstancia, pero sobre todo, somos nosotros, por encima de todas las circunstancias; soy yo reafirmado y desafiante. Yo por encima de mi hermano, yo por encima de mi conciencia, yo por encima de Ti. Yo, yo, yo. ¿Puedes decir lo mismo? ¿Tú, tú, eh tú?

Si te vaciaste por completo de tu condición humana en la muerte terrible fue para que se hiciera más evidente tu naturaleza divina. La kénosis más completa fue la tuya, Señor; hasta el último aliento, hasta la última gota de la humanidad en que te habías encarnado. Los que van a las fosas no cantan la fidelidad de Dios, pero proveen un espíritu apaciguado y exento de cuanto a nosotros nos obnubila y nos encandila. En el sepulcro, adonde por caridad te llevan, no hay agitación ni angustia. Sólo queda la esperanza aleteando como una insignificante larva rompiendo la crisálida en que se metamorfoseó en vida nuestra. Apenas morimos, despliega sus alas brillantes y enormes para sostener la espera. Todo el tiempo que dure. La esperanza no desfallece nunca.

Tampoco su reverso, la misericordia, que es la mirada que nos devuelve la Providencia en respuesta a la esperanza del hombre auxiliada por la fe. Desde aquí, esperamos; desde allí, nos perdonas. Una y otra vez, todo lo que dure nuestra esperanza.

Por eso resultan tan inútiles los razonamientos para comprender el misterio de tu caritativa pasión por el hombre, por todos y cada uno de nosotros. No de los que estamos, piadosos y silentes, en este templo en tu presencia, sino incluso de los que nunca han escuchado una palabra de tu amorosa existencia salvadora. En nuestras coordenadas humanas, no existe nada parecido a tu misericordia, Señor. Tu perdón con los que se pierden, los que se descarrían y desatan tu cólera... hasta que olvidas la afrenta y les concedes otra oportunidad de abrazar tu plan perfecto. No llesves cuentas, porque nadie puede ser justo a tus ojos. Qué va a descubrir el intelecto si todo escapa de los limitados esquemas mentales en que encasillamos la realidad.

Es inútil buscarte por donde lo hicieron los sabios, es inútil buscarte por el camino de los filósofos y los científicos, que llegan justo al atrio de tu templo donde afirmas tu majestad. Inutilidad de los razonamientos y de los sentidos, confundidos y erráticos, porque no puede haber argumento finito que compendie el Amor infinito, cómo vamos a expresar con convenciones sociales relativas la Caridad absoluta de la que sólo somos capaces de bosquejar una imagen, tallada y policromada lo más cerca posible del ideal que tenemos en la cabeza: una aproximación al misterio de amor que nos envuelve protector como las alas del águila.

Un beso de caridad

Ese amor inextinguible distingue a tus hijos, Señor. Y ese sentimiento tan elevado que no hay palabra que lo alcance sólo acertamos a expresarlo con un simple gesto, minúsculo e insignificante en apariencia, sobre la imagen de tu bendita Caridad. Un beso. Besamos tus pies o tus manos y con cada ósculo arañamos inconscientemente unas micras de tu encarnadura o de la misma madera en que te tallaron. Nuestros besos te desgastan, Señor, y van dejando una huella tan patente, tan dolorosa a la simple vista que de vez en cuando se hace precisa una restauración para devolverle al original todo lo que nos hemos llevado, sin pretenderlo en absoluto, en los labios.

Qué diferencia con tus besos al alma, Señor. El perdón misericordioso con que acaricias nuestro espíritu y lo restauras amorosamente para devolverle su color original. Nuestros besos te desgastan y los tuyos nos renuevan; los nuestros dejan impurezas y depositan un poso de corrupción y los tuyos sanan, limpian de pecado y recomponen el alma de los desgarrados del Mal.

Hace justo tres meses, ese mismo gesto piadoso que hoy repetiremos con tu imagen, Señor, se lo dedicábamos a un niño envuelto en pañales. Tan desnudo, en la plenitud de su vida humana recién inaugurada, como lo estás ahora en la plenitud de tu vida humana recién clausurada. Desprovisto de todo entonces, parido en una gruta, acunado en un pesebre, adorado por unos simples pastores que no respetaban el sagrado descanso del sábado, como desprovisto de todo ahora, descolgado de la cruz y trasladado a la fosa antes de que caiga la tarde.

Allí en mi parroquia, un templo embutido en una caracola prefabricada de obras con una cruz desnuda, un icono de la Virgen y el sagrario en el presbiterio, la imagen del Niño Jesús fue pasando de un banco a otro entre los feligreses de la misa de Epifanía, como lo que simbolizaba: un bebé sonriente y desvalido que se deja achuchar. De mano en mano. Exactamente como te llevan ahora. De mano en mano te descendieron, de mano en mano te conducen y de mano en mano te amortajan, Señor. El párroco, hermano más que amigo, me hizo reparar en que tres meses después de esa meditación con los labios cerrados ante el Niño Dios, estaría -Dios mediante- delante del Cristo de la Caridad para otra meditación con los labios abiertos para proclamar tu alabanza.

La hora de los porqués

Y aquí estoy. Gracias a Dios, he cumplido la palabra dada como me enseñó siempre mi padre, que hoy sería centenario y siempre sabio. Aquí estoy, sí, pero por qué yo. Probablemente, fuera lo primero que pensé cuando me propusieron esta meditación y, desde luego, lo primero que escribí. Por qué yo, que no soy eso que llaman cofrade, que no soy por supuesto poeta, que no soy lo que suele denominarse hombre de Iglesia, que no tengo especial devoción por las imágenes religiosas, que no tengo relaciones en el mundo a menudo cerrado de las cofradías, por qué me habían buscado a mí. La pregunta no deja de tener su enjundia porque la respuesta, sea cual sea, nos acerca a la raíz última de la gracia de la salvación, que nos es concedida sin nuestra intervención.

¿Por qué a mí, Señor? Por qué miraste a tu hijo indigno, el último de los pecadores, el del corazón ennegrecido, el hijo pródigo que se pulió tu herencia en vida. ¿Por qué un día me volviste el rostro de tu Misericordia y me perdonaste? ¿Por qué me rescataste del fango del pecado en que me refocilaba? Por qué las decisiones que iba tomando en mi vida, incluso las más equivocadas y contrarias a tu doctrina, me arrastraban a ti como el vórtice de la tormenta atrae todo cuanto encuentra a su paso. Por qué me saliste al encuentro, viendo que yo no iba a verte, por qué te pasaste todo el tiempo oteando en el horizonte mi vuelta. Por qué, Señor, quisiste que me volviera a Ti y proclamara de día tu misericordia y de noche tu fidelidad, por qué querías revivir dentro de mí durante este último año y medio para que hoy me pusiera delante de los hermanos de Santa Marta y llevar con ellos tu cuerpo inerte. ¿Por qué?

La pregunta queda flotando porque no acertamos a distinguir tus planes con los criterios puramente humanos con que los examinamos. Por qué existe el sufrimiento, por qué te crucificamos cada día en cuanto el león rugiente salta sobre nosotros. Por qué hemos de padecer oprobios y rechazos, por qué sufrimos tanto, por qué la vida nos parece injusta y, antes que nada, fatigosa. Por qué.

Todo el catálogo de porqués que está brotando ahora en la cabeza de los presentes no basta para igualar el gran porqué del Sábado Santo. Lo vi en vuestro San Juan, la primera vez que me lo crucé en la capilla de la hermandad una tarde lluviosa del escatológico noviembre. El discípulo amado también se preguntaba por qué había tenido que morir en la cruz como un vulgar delincuente el Maestro a quien había seguido en su predicación. Se lo preguntaba cómo nos lo preguntamos nosotros, porque no estamos hechos a la derrota, a masticar lágrimas y beber llanto. Y, en el fondo, la muerte del Nazareno era para él una inapelable derrota, un fracaso completo. Ese lloro que se aprecia en la talla, con los ojos arrasados en lágrimas, es evidencia de un llanto interior que también se pregunta por qué. Por qué Rabbí ha tenido que venir a Jerusalén, por qué se ha dejado prender, por qué ha expirado en el madero. ¿Por qué ha muerto?

Traslado al sepulcro

Porque está muerto. Los cofrades de Santa Marta bien lo saben. El Cristo de la Caridad está muerto. Irremediable, irreparable, irreversiblemente muerto. Al menos durante este sábado santo, el día más triste del año. Juan lo va pensando por dentro. Camina con el

pequeño grupo que acude al entierro de Cristo. ¿Dieciocho personas? Muchas me parecen. Porque en ese momento, en ese terrible instante en que han descendido a Cristo de la cruz y su madre lo ha acunado en el regazo como todas las madres han acunado y acunarán a los hijos muertos, no importa la edad que tengan, todos los que están allí -y creo que, por extensión, todos los que esta noche estamos aquí- rumian el fracaso colectivo, la derrota más insalvable, la inutilidad del esfuerzo, el vacío que les ha dejado la muerte de su Mesías. El abismo no te da gracias/ ni la muerte te alaba/ ni esperan en tu fidelidad/ los que bajan a la fosa.

Juan lo sabe y llora. Como lloramos nosotros cuando vemos que nuestra vida o la de quienes queremos atraviesa la noche tenebrosa del sábado santo, la noche en que ha muerto Dios. Exactamente como lo pronosticaron los filósofos y lo anunciaron los materialistas. Esos que nunca llegarán a entender el Amor que nace del corazón.

Aquí está nuestro Dios, vedlo. Si todavía tenéis fuerzas para levantar la cabeza de la congoja en que os ha sumido su desaparición. Enarcad las cejas y dirigid la mirada hacia el Cristo de la Caridad, un guiñapo de hombre, un cadáver al que nadie ha hecho la merced de cerrarle los ojos ni la boca como si todavía estuviera agonizando. Es un finado, que viene de fin, de conclusión, de acabamiento. Ese es nuestro Dios, al que paseáis en una alta canastilla dorada entre nubes de incienso para que todo el mundo lo vea. Está muerto.

Lo llevan a un sepulcro vacío por estrenar en un huerto cercano al Gólgota que ha cedido José de Arimatea. Otro que rumia su mala suerte. ¿Por qué a mí -piensa- me tiene que pasar esto? Por qué he tenido que señalarme ante las autoridades del sanedrín para que me dejaran descolgar el cuerpo de este desgraciado profeta que me encandilaba con sus predicaciones, por qué he acabado metido en este lío, dándole sepultura en mi propio terreno. Estoy comprometiendo mi posición social, la consideración que todos tienen a mi trayectoria profesional, el respeto debido a los ancianos, todo lo puse en juego por seguir al Galileo. Por qué he tenido que contemplar con mis ojos su propia muerte. Arimatea frunce el ceño mientras se le pierde la mirada, está metido hasta el cuello en problemas. De su grupito de seguidores, los que iban con él a todas partes, sólo está ese muchacho barbilampiño vestido de rojo y verde. Por qué no están aquí ahora, que se les echa en falta.

Nicodemo difícilmente puede tirar del lienzo en que lo trasladan al sepulcro. Va en cabeza, atribulado y con el corazón deshecho por dentro. Su cara lo dice todo. Es un poema ese rictus de insondable confusión. Los dos pies bien firmes en el suelo y la mirada como ausente. Nos recuerda tanto a nosotros mismos, ¿verdad? Con los dos pies atornillados a la tierra para que nada ni nadie nos derribe y el rostro de desconcierto precisamente porque no nos fiamos de la posición que hemos logrado y ese equilibrio con que nos aferramos a la tierra es siempre inestable. Por qué ha tenido que morir. No entiende nada. Un día, le había preguntado a ese mismo desecho de carne que ahora transporta a la sepultura, que cómo hay que nacer de nuevo, si era menester volver al seno materno para poder renacer como enseñaba el Maestro. Qué ironía acordarse ahora de aquellas palabras, puro sarcasmo porque el que las pronunciaba está ahora de cuerpo presente. Nicodemo -como nosotros- arrastra sus porqués, a los que no encuentra justificación.

La Magdalena también lleva los suyos a cuestas, enredados en la cabellera, la misma con que enjugó las lágrimas derramadas sobre esos pies ahora inmóviles, que solo cimbrean

cuando los Villanueva mandan llamar. María la de Magdala se pregunta por qué no pasó más tiempo con Jesús. Exactamente la misma cuestión -aunque por motivos contrapuestos- que atormenta a Marta. Por qué se empeñó tanto en servir y en agradar y en que todo estuviera perfecto en vez de estar con él, ensimismándose con sus enseñanzas, en vez de quedarse con la mejor parte como su hermana María. ¿Por qué Marta dejaría pasar el momento? ¿No solo Marta, verdad? Porque de tantas ocupaciones como nos echamos encima, de la hermandad, de la priostía, de la cofradía, de la iglesia para que todo esté a punto, nos olvidamos a menudo de estar con Él. A solas. En silencio, por supuesto. Hablando desde el alma, con el corazón en la mano que es como se habla cuando nos damos cuenta de que no tenemos ya nada que ganar. Qué bien entendemos a Santa Marta tirando de la argolla del dragón de los quehaceres cotidianos.

La Magdalena, sin embargo, se pregunta por qué no la eligió a ella entre los discípulos, por qué habría de nacer mujer y por qué había llorado tanto por Él. Por qué se había preocupado tanto de su bienestar, de atenderlo como era debido, si ahora nada de eso tiene valor. El muerto, al hoyo, ¿verdad? Y ella, ¿a qué va a dedicarse ahora ella? Las antiguas compañeras de oficio le habían dado de lado cuando abandonó aquella vida para venir a esta otra como seguidora de Cristo. Pero no por ello dejaban de mirarla de reojo y de volverle la cara a una pecadora tan manifiesta por mucho que se hubiera convertido. Ah, cuántas veces nos pasa a nosotros mismos. Nos gusta pensar que somos como la Magdalena, en quien la conversión radical de vida obra su prodigioso renacimiento. En el fondo, estamos de su parte, nos apasionan esas historias de gente que rehace su vida y deja atrás el pecado y acaba por renacer a la Iglesia. Sí, pero a menudo somos nosotros los que miramos por encima del hombro a las Marías de Magdala que se acercan a nuestra cómoda realidad de cristianos viejos en la que seguimos instalados. Por favor, qué tiene que ver una pelandusca con nosotros, que hemos sido justos toda la vida de Dios. Y María Magdalena sigue enfrentándose a sus porqués. Como las otras piadosas mujeres.

María la de Cleofás lleva la corona de espinas entre las manos. Antes de apretarla contra el pecho, exactamente cómo hacemos a diario con las espinas cotidianas que nos punzan el alma. La veo en el paso, con el semblante compungido con que la talló Ortega Bru pero la mente se me va a la María de "El entierro de Cristo", el cuadro de Caravaggio. Cómo olvidar sus brazos al aire, las manos clamando una explicación a los cielos, demandando que alguien le diga por qué ha tenido que morir el Maestro. María Salomé contempla la escena en silencio, sin aspavientos ni gritos.

De toda la comitiva que se encamina al sepulcro vacío propiedad de Arimatea, solo María ha visto respondidos sus porqués. Ella sabe, sin necesidad de preguntar nada ni exigir aclaraciones, por qué ha muerto su hijo. No quiere decir que su muerte, injusta y cruel, no le esté doliendo como si siete puñales le traspasaran el corazón. Va detrás, cerrando el cortejo como si quisiera acoger en su manto a todos los que trasladan al Cristo de la Caridad al sepulcro. María ha guardado todo eso en el corazón. Y sabe por qué ha muerto Jesús. Las madres siempre lo saben. Y María, madre virginal, lo supo desde el instante en que dio el sí más importante de la historia de la Humanidad. El sí que desataba la fuerza de la Encarnación redentora de su Hijo. Esa respuesta afirmativa anticipaba todo el sufrimiento que vendría después.

Obedientes hasta el abandono

Señor, tú también te preguntaste por qué. El beato Carlos de Foucauld escribió en mitad del desierto en Tamanrasset: "No nos entreguemos vivos a nuestro Señor, ya que Él murió por nosotros. Démonos a Él como Él se dio por nosotros, muertos, cadáveres por la obediencia perfecta, sin reservas, la obediencia del cadáver; la perfección del amor es la perfección de la obediencia". Señor, tú sublimaste la obediencia, la llevaste al extremo cuando imploraste al Padre que pasara de ti aquel cáliz, pero enseguida obedeciste hasta sus últimas consecuencias, hasta la obediencia del cadáver a merced de que lo lleven a la tumba, lo embalsamen y lo dejen descansar en paz. Obediente como un cadáver que ya no puede protestar, ni mover un músculo, ni hacer una seña. Obediente como un muerto.

Por qué fuiste tan obediente, Señor. Tú también te acordaste del salmo en la cruz. Dios mío, por qué me has abandonado. Eloi, eloi, lamá sabactaní. Pero Dios no abandona. Nunca lo hace. No se cansa de esperarnos, somos nosotros los que nos cansamos, impacientes. Vivimos en un perpetuo sábado santo, el día más lúgubre del año, en el que nada se ve claro. En la misma permanente oscuridad del sepulcro al que ahora te conducen. La luz de la esperanza parece incapaz de iluminar la negrura en que nada se aprecia. Pero la llama de la fe está ahí encendida, en el último rincón bajo la losa sepulcral. Casi consumiéndose, pero ya crecerá. Y se convertirá en alegría de la resurrección, pronto esa tambaleante llamita prenderá el cirio pascual y encenderá todo a su alrededor. Entonces, por qué ha tenido que morir.

Kerygma

Cristo ha muerto por Caridad. Por amor. Por amor a nuestros corazones. No es un amor en abstracto al género humano, es un amor personal y directo a tu corazón, amigo que me lees. Por eso ha muerto, por tu salvación, por tus pecados. Puedes darle muchas vueltas, pero no hay más cera que la que arde. Dios te ama y te besa el corazón como el padre colmó de besos al hijo pródigo cuando se le colgó del cuello.

El traslado al sepulcro representa el mayor fracaso de la historia. Así, sin paliativos. Aquel que presumía de poder restaurar en tres días el templo sagrado de los israelitas está ahora inerte en brazos de un grupo bien heterogéneo. La sensación de fracaso no se les va de la cabeza a ninguno. Nosotros, sin embargo, estamos hechos al éxito, no toleramos lo más mínimo el fracaso en nuestras expectativas, que queremos siempre ver cumplidas. También en lo espiritual. Los cofrades quieren que su estación de penitencia dé frutos abundantes de conversión y sus cultos muevan los corazones de quienes los siguen. Impacientes, exigentes, implacables, inmovibles, inobjetables, no podemos creer que la historia de nuestra salvación empezó por un fracaso.

Mirad cómo conducen al Cristo al sepulcro, seguid con la mirada su cuerpo laxo, exangüe, desmadejado, la mano caída, los pies a plomo... Mirad en que ha acabado -por el momento- todo. La oscuridad del sábado santo, total, impenetrable, negra como la pez. El grande y santo Sábado: "Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción el abismo. Va a buscar a nuestro primer padre como si fuera la oveja perdida. Quiere absolutamente

visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte". Camino de la total oscuridad del sepulcro.

El Santo Sepulcro que vuestra hermandad tiene tan presente.

Todo ha abandonado al Cristo muerto, porque lo primero que le falta es la propia vida. Solo un grupito persevera en su traslado, más temeroso que otra cosa. Abandonado, vacío, falto de ánimo. Cómo nos cuesta sentirnos así: vacíos, abandonados, faltos de ánimo, sin espíritu. Nuestro temor reverencial al fracaso nos impide manifestar esa actitud, que es la misma que la que describe el salmo 131: "Como un niño en brazos de su madre, como un niño saciado así está mi alma dentro de mí".

El Cristo de la Caridad también se deja transportar como un niño, desvalido, incapaz de imponer su voluntad, a merced de quienes lo llevan a enterrar. No tenemos que imaginar la escena de la Piedad porque la tenemos bien presente: el hijo muerto en el regazo de su madre, tal como lo arrulló en el portal de Belén cuando los pastores y los magos lo adoraron. Ahora no lo adora nadie, el grupo huye de sus propias sombras camino de la tumba en que le van a dar sepultura. Aprisa y por el camino más corto, como mandan las reglas de la prudencia.

Anticipo del triunfo

Sin ese fracaso previo, no se explica el posterior triunfo de la Resurrección. El obispo de los sagrarios, Manuel González, el último santo de esta tierra, lo dijo de este modo: "Nunca se está más cerca del triunfo que cuando se está clavado en la cruz o más guardado por sus enemigos en el sepulcro" Ese vacío de la muerte solo lo puede llenar la Vida, ese abandono, ese desvalimiento solo lo puede compensar la plenitud del Amor. ¡Pero nos cuesta tanto! Estamos tan llenos de nosotros mismos, de nuestras seguridades, de nuestras comodidades, de nuestras certezas y también de nuestras flaquezas que no hay sitio para nada más, desde luego, tampoco para Dios. Querriamos llenarnos de su Espíritu sin vaciarnos de nosotros mismos, querriamos ser como niños en brazos de la Virgen de las Penas pero como y cuando se nos antoje, querriamos participar de la gloria del Resucitado pero sin que nadie nos trasladara al sepulcro inermes, yertos y exhalados. Preferiríamos que se nos ahorrara pasar por este trance.

Vosotros, hermanos de Santa Marta, tenéis la suerte de que vuestra venerada imagen os lo recuerde a diario, cada vez que os sobrecogéis -porque es imposible verla sin un espanto del alma- al contemplar la escena recreada. Lo tenéis a mano para que se os haga presente. Pero no podéis, si me permitís el consejo, quedar paralizados, absortos en la contemplación de la belleza escultórica.

En el sagrario, vuestro Cristo de la Caridad ha vuelto a la vida. La luz ha vencido a las tinieblas. Para siempre, permanentemente, sin solución de continuidad. Y está esperando que lo trasladéis no al sepulcro como cada Lunes Santo sino al hermano que sufre -y hay tantas formas de sufrir en esta vida- y no una vez al año por Semana Santa sino todos los días del almanaque a todas horas. El himno de laudes del poeta lasaliano Alfonso Junco así lo proclama: "¡Caridad que viniste a mi indigencia, / qué bien sabes hablar en mi dialecto! /

Así, sufriente, corporal, amigo, / ¡cómo te entiendo! / ¡Dulce locura de misericordia: / los dos de carne y hueso!”. De carne y hueso, revivido, vuelto a nacer.

El alma inflamada

Ahora siento el calor de tu Caridad en el pecho, Señor. Dentro de nada sentiré ese confortable ardor en los labios que te besen. Ahora he dejado atrás el frío de la tumba, el mármol de la losa con que se clausuró tu vida mortal y me llega el cálido abrazo, la lengua de fuego de tu Espíritu que necesito traspasar a quienes tan gentilmente me han escuchado. “Id, inflamad todas las cosas”, le dijo Ignacio de Loyola a Francisco Javier antes de enviarlo a evangelizar el Lejano Oriente. Id vosotros dentro de nueve días e inflamad los corazones que encontréis a vuestro paso, aquí bien cerca porque la tierra de misión está hoy a la vuelta de la esquina... Sed “un fuego que encienda otros fuegos” y llevaos el calor que desprende la Vida con el beso que le vais a dar. Traslada a vuestro Cristo de la Caridad al sepulcro en el paso de salida, pero -si me admitís el consejo con todo el atrevimiento que he sido capaz de reunir para hablaros esta noche- no os olvidéis nunca de trasladarlo al tabernáculo en vuestras vidas. Hacedlo por Caridad.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.